



El concepto de Estado y otros ensayos

Reinhard Koselleck



SECCIÓN DE OBRAS DE FILOSOFÍA

EL CONCEPTO DE ESTADO
Y OTROS ENSAYOS

Traducción de
LAURA S. CARUGATI
y PEDRO TENNER

Con la colaboración de
GASTÓN RICARDO ROSSI

REINHART KOSELLECK

EL CONCEPTO DE ESTADO
Y OTROS ENSAYOS

Selección de textos y prólogos
de Claudio S. Ingerflom y Elías J. Palti



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en alemán, 1972, 1983, 1990, 1996
Primera edición en español, 2021

Reinhart Koselleck

El concepto de Estado y otros ensayos / Reinhart Koselleck ; compilación de Elías J. Palti ; Claudio S. Ingerflom. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2021.

242 p. ; 21 × 14 cm. - (Filosofía)

ISBN 978-987-719-256-8

I. Filosofía Política. I. Palti, Elías J., comp. II. Ingerflom, Claudio S., comp. III. Título.
CDD 172

Distribución en América Latina

“Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en Werner Conze (ed.), *Theorie der Geschichtswissenschaft und Praxis des Geschichtsunterrichts*: © 1972 Klett - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart.

“Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung”, en *Gegenstand und Begriffe der Verfassungsgeschichtsschreibung*. Tagung der Vereinigung für Verfassungsgeschichte in Hofgeismar am 30./31. März 1981. Beiheft zu “Der Staat” (BHSTAAT), Bd. 6: 7-21, edited by Helmut Quaritsch.
© 1983 by Duncker & Humblot GmbH. All rights reserved.

“A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en Melvin Richter y Hartmut Lehmann (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Ocasional Paper, núm. 15, 1996: texto cedido por el German Historical Institute, Washington.

“Staat und Souveränität”, en Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, t. VI: © 1990, 2004 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart.

D.R. © 2021, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Humboldt 2355; C1425FUE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Balaguer

ISBN 978-987-719-256-8

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Claudio S. Ingerflom y Elías J. Palti	9
--	---

Primera parte

ENSAYOS SOBRE TEORÍA HISTÓRICA

<i>Introducción</i> , por Elías J. Palti.....	15
I. <i>Sobre la necesidad de la teoría de la ciencia histórica</i>	33
II. <i>Problemas histórico-conceptuales de la historiografía constitucional</i>	59
III. <i>Respuesta a los comentarios sobre el Geschichtliche Grundbegriffe</i>	79

Segunda parte

EL CONCEPTO DE ESTADO

<i>El Estado de Reinhart Koselleck o cómo pensar los cambios históricos</i> , por Claudio S. Ingerflom.....	97
I. <i>Estado</i> , por Werner Conze y Reinhart Koselleck	129
<i>Índice de nombres</i>	239

PRÓLOGO

Claudio S. Ingerflom y Elías J. Palti

REINHART KOSELLECK (Görlitz, 1923-Bad Oeynhausen, 2006), autor del ya clásico *Crítica y crisis del mundo burgués* (tesis doctoral completada en 1954 y publicada en 1959), y de su menos conocido, pero no menos importatante, tesis de habilitación *Preußen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und Soziale Bewegung von 1791 bis 1848* [Prusia, entre la Reforma y la revolución. El Código civil prusiano, la administración y el movimiento social de 1791 a 1848],¹ produjo, además, una larga serie de artículos teóricos. Estos hicieron que hoy su nombre se encuentre asociado de manera estrecha a la llamada “escuela alemana de historia de los conceptos” (*Begriffsgeschichte*), que inició a fines de la década de 1960 junto con sus antiguos maestros, Otto Brunner y Werner Conze.² Esta escuela se orientó, básicamente, a trazar la historia de diversos conceptos y cómo su uso y su significado se fue alterando a través de los tiempos. Este proyecto cristalizó en tres grandes diccionarios: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*

¹ Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965; *Preußen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und Soziale Bewegung von 1791 bis 1848*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1981.

² Sobre la escuela de historia de los conceptos, véanse Melvin Richter, “Conceptual History (*Begriffsgeschichte*) and Political Theory”, en *Political Theory*, vol. 14, núm. 4, 1986, pp. 604-637; “*Begriffsgeschichte* and the History of Ideas”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 48, núm. 2, 1987, pp. 247-263; “Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en *History and Theory*, vol. 29, núm. 1, 1990, pp. 38-70, y Sandro Chignola y Giuseppe Duso, *Historia de los conceptos y filosofía política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

[Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania] (Stuttgart, 1972-1997), *Historisches Wörterbuch der Philosophie* [Diccionario histórico de la filosofía] (Basilea, 1971-2007) y *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820* [Manual de conceptos político-sociales en Francia, 1680-1820] (Múnich, 1985).

Sobre todo, el *Geschichtliche Grundbegriffe* es hoy un texto de referencia clave para los historiadores. Se trata de una obra verdaderamente monumental, que llevó varias décadas de elaboración e involucró a un gran número de investigadores. En el manifiesto que publicó en 1967, Koselleck estableció las pautas fundamentales que habrían de seguir los distintos autores en la confección de dicha obra.³ El objeto de esta era, en primer lugar, prevenir los anacronismos usuales en la vieja tradición neokantiana de historia de las ideas (*Ideengeschichte*). En efecto, la historia de los conceptos fue en su origen “una crítica de la historia de las ideas, en tanto que estas se mostraban como entidades constantes que solo se articulaban en diferentes contextos sin modificarse esencialmente”.⁴ Pero su propuesta no se agota en esto, sino que por este medio busca arrojar luz sobre un fenómeno fundamental como fue, para él, la gran mutación cultural que se produjo entre 1750 y 1850, período que Koselleck denomina “*Sattelzeit*”. Según afirma, las transformaciones con-

³ Koselleck define su proyecto a partir de una serie de preguntas: ¿hasta qué punto era común el uso del término? ¿Su sentido era objeto de disputa? ¿Cuál era el espectro social de su uso? ¿En qué contextos aparece? ¿Con qué otros términos aparece ligado, ya sea como su complemento o su opuesto? ¿Quién usa el término, para qué propósitos, a quién se dirige? ¿Por cuánto tiempo estuvo en uso? ¿Cuál es el valor del término dentro de la estructura del lenguaje político y social de la época? ¿Con qué otros términos se superpone? ¿Converge con el tiempo con otros términos? Reinhart Koselleck, “Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit”, en *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 11, 1967, pp. 81-99; cit. en Keith Tribe, “Translator’s Introduction”, en Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, Cambridge (MA), MIT Press, 1985, p. xii [trad. esp.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993].

⁴ Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”, en *Futuro pasado*, op. cit., p. 113.

ceptuales entonces ocurridas contienen la clave para comprender el origen y el sentido de la Modernidad.

La historia conceptual resultó así iluminadora del conjunto de cambios sociales, políticos e ideológicos que ocurrieron en esos años y que marcaron un quiebre histórico irreversible e hicieron que el sentido de las ideas y las instituciones precedentes ya no nos resultasen comprensibles sin un trabajo previo de exégesis. En este punto, Koselleck retomó una de las preocupaciones de Otto Bruner, quien se encargó de revelar las distorsiones en que solían incurrir aquellos historiadores poco atentos a cómo categorías tales como "tierra", "territorio", "dominio", etc., se alteraron con la llegada de la Modernidad. El supuesto aquí implícito es que las transformaciones operadas al nivel del lenguaje no solo son expresivas de cambios operados en terrenos más vastos, sino que además son, hasta cierto punto, determinantes de ellos; en fin, los modos de conceptualizar los sistemas de relaciones sociales no serían ajenos a las formas en que estas se articulan en la realidad. Los conceptos, asegura Koselleck, son índices y factores a la vez de las conexiones estructurales en la historia. Así, la historia conceptual y la historia social, el análisis del lenguaje y de las realidades extralingüísticas, lejos de ser extrañas o incluso mutuamente contradictorias, se reenvían permanentemente una a la otra e iluminan de manera recíproca.

En esta antología de textos que hemos reunido, intentamos ilustrar esta doble dimensión en la obra de Reinhart Koselleck y su estrecha vinculación. Los cuatro ensayos revelan cómo la investigación histórica y el análisis teórico se enriquecen mutuamente y hacen posible elaborar perspectivas innovadoras que arrojen luz sobre aquellos aspectos clave de los procesos históricos que no alcanzarían a percibirse en los relatos tradicionales que ignoran la dimensión conceptual involucrada en ellos. En síntesis, entendemos que resultan significativos en especial para quienes quieran introducirse en el pensamiento de este autor clave para el desarrollo reciente del campo de la historia intelectual.

PRIMERA PARTE
ENSAYOS SOBRE TEORÍA HISTÓRICA

INTRODUCCIÓN

Elías J. Palti

ESTA PRIMERA parte reúne una serie de textos en los que Reinhart Koselleck reflexiona acerca de los postulados teóricos que presiden su investigación histórica. Lo que hallaremos en ellos no será un modelo teórico acabado, sino una búsqueda permanente en torno a una serie de problemáticas recurrentes, que constituyen lo que podemos llamar ese conjunto de obsesiones sistemáticas que motorizan su vasta labor intelectual.

“SOBRE LA NECESIDAD DE LA TEORÍA DE LA CIENCIA HISTÓRICA”

El primer artículo de esta sección¹ aparece originalmente el mismo año en que se lanza el primer volumen de *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* [Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania] (en adelante, GG) (1972), y representa un intento de elaborar de manera sistemática el marco teórico del cual parte el proyecto del *Lexikon*, algo que en “Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit” [Líneas directrices para el léxico de conceptos políticos y sociales de la modernidad], que sirvió de introducción a ese primer volumen, no alcanza a desarrollar, ya que allí se enfoca más en las cuestiones

¹ Reinhart Koselleck, “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en Werner Conze (ed.), *Theorie der Geschichtswissenschaft und Praxis der Geschichtsunterrichts*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, pp. 10-28.

de índole metodológica para la elaboración del diccionario y solo de manera lateral en las problemáticas teórico-epistemológicas involucradas en dicha empresa.

En este otro texto, Koselleck despliega una doble crítica. Por un lado, a la tradición positivista arraigada en la profesión histórica, que reduce la tarea de investigación a la mera lectura e interpretación de las fuentes. Por otro lado, a la herencia neokantiana, que disocia los planos de la reflexión teórica y la investigación histórica, y desarrolla así una filosofía de la historia sin ninguna vinculación con el análisis concreto de las fuentes. De este modo, convertida en una “ciencia de lo particular”, renunciando a toda pretensión de generalidad, la investigación histórica terminó aislándose de las demás disciplinas. El gran desafío que se propone Koselleck, según afirma, es el de recobrar para los estudios históricos su aspiración de cientificidad desarrollando una teoría de la historia (*Historik*).

Sin embargo, también señala aquellos problemas que hacen a la teoría histórica al mismo tiempo necesaria y sumamente difícil de desarrollar. En primer lugar, estaría el peligro del relativismo. Este resulta inevitable, dado que la historia, en tanto acción (*Geschichte*), excede todo relato histórico (*Historie*).^{*} Esto, por un lado, hace necesaria la teoría, puesto que presupone algún criterio de selección que permita producir el recorte de aquello que se va a relatar y de aquello que se va a omitir como irrelevante para la comprensión histórica. Pero, por otro lado, hace que toda hipótesis al respecto resulte siempre precaria, en la medida en que, justamente como consecuencia de ello, ningún relato histórico habrá nunca de coincidir de manera plena con su objeto.

En segundo lugar, habría una cierta paradoja en la duplicación implícita en la idea de una metahistoria; esto es, una teoría de la

^{*} En los ensayos de Reinhart Koselleck reunidos en el presente volumen, hemos traducido las palabras alemanas “*Geschichte*” e “*Historie*” por “historia”, con el agregado de la cursiva en el caso de “*Historie*” y el adjetivo y adverbio “*historisch*”. Para el término “*Historik*” optamos por la traducción “teoría de la historia” seguida del vocablo alemán entre paréntesis. [N. de T.]

historia que no tiene ningún objeto más que sí misma, una historia de la historia. En verdad, el objeto de la historia, como señala Koselleck, es todo y nada al mismo tiempo; todo puede volverse objeto suyo dependiendo únicamente del punto de vista desde el que se lo aborde. Cuál es ese punto de vista propiamente histórico, que convierte a un hecho dado en un objeto histórico, es lo que se trata entonces de elucidar. Toda reflexión teórica acerca de la historia sería así un trabajo sobre su mismo concepto, lo que, en realidad, presupone ya la posesión de un cierto concepto de ella. En definitiva, nos termina encerrando en un círculo argumentativo.

La solución que propone aquí Koselleck ante esta paradoja consiste en delimitar un campo de reflexión que le sea propio al tipo de fenómenos que se trata de elucidar, es decir, desarrollar una teoría de los *tiempos históricos*. Esto nos devuelve a la categoría de *Sattelzeit*. Ella tiene por finalidad brindar un marco conceptual para articular el relato histórico. Esta anticipación teórica, dice, permite superar la mera narración de hechos. Sin embargo, esta solución hace surgir nuevamente otros problemas.

En primer lugar, aparece aquí la dificultad inherente para pensar la temporalidad como tal. Ella solo resulta pensable a partir de metáforas espaciales, dado que no disponemos de la posibilidad de una captación intuitiva del tiempo, como sí disponemos del espacio. En segundo lugar, la cuestión de la temporalidad remite, a su vez, a la del sujeto, pues ella supone un cierto agente. Sin embargo, la delimitación de este resulta hoy problemática. Koselleck habla aquí de una dessubstancialización de los conceptos que indican estos posibles sujetos, como los de “pueblo”, “Estado”, etc. Todos ellos, señala, ya no pueden determinarse de manera inequívoca. Sus definiciones decimonónicas, como si se trataran de entidades fijas, ya nos aparecen como ilusorias, ingenuas (hoy “nos dan risa”, dice).

En este punto, Koselleck prefiere abordar la cuestión por la negativa, es decir, se limita a realizar dos advertencias fundamentales. La primera es evitar la trampa del teleologismo, que consiste en la ilusión retrospectiva de tornar lo en efecto ocurrido

como un desenlace inevitable de las condiciones previas. Esto resulta, precisamente, de la imposibilidad antes señalada de reconstruir la totalidad de la historia, de que sea inevitable seleccionar los datos y establecer vínculos de causalidad entre ellos. El problema aquí residiría en confundir las hipótesis realizadas desde el presente y tomarlas como expresiones de alguna suerte de ineluctabilidad histórica.

La segunda resulta de la anterior y consiste en evitar el monocausalismo, al estilo del economicismo marxista. Frente a esto, postula la exigencia de estar atentos a la existencia de pluralidad de cadenas causales. Este punto lo lleva, a su vez, al carácter inevitablemente político de toda escritura histórica. El estudio del pasado tendría siempre repercusiones en el presente, lo cual también conspiraría contra sus pretensiones de objetividad y cientificidad. Una vez más, la solución que propone es tener en cuenta el carácter hipotético de nuestras reconstrucciones del pasado.

El proyecto de una ciencia histórica, para Koselleck, debe así navegar entre la Escala del determinismo (el teleologismo) y el Caribdis del relativismo absoluto (que recae en el panideologismo, el postulado de que todo es político). En definitiva, la idea de la cientificidad de la disciplina histórica que propone toma por modelo el método hipotético-deductivo elaborado por Karl Popper, lo que nos devuelve al problema de la reduplicación implícita en toda empresa metahistórica. De hecho, el método hipotético-deductivo es solo un punto de vista posible respecto de la naturaleza de la investigación científica, que, además, ha sido objeto de fuertes críticas en los últimos años. De todas formas, desde un punto de vista histórico-intelectual, la cuestión no es interrogarse acerca de la verdad de la propuesta teórica de Koselleck, sino indagar sus mismos fundamentos conceptuales epocales.

Lo visto hasta aquí es, en efecto, revelador de un fenómeno más vasto y crucial para la historia intelectual, pero que, por definición, escapa ya a la reflexión del propio autor. Se trata del quiebre que se produjo en el siglo xx en los modos de concebir la historia. Toda la teoría koselleckiana participa, de hecho, de esta gran

transformación que supuso la dislocación de las visiones evolucionista-teleológicas de la historia surgidas en el siglo XIX. Eso que él insinúa llamar la desubstancialización de las categorías nucleares del discurso político y social nos está indicando ya el fin de lo que denominara "*Sattelzeit*" y que consistió, precisamente, en la substancialización de dichos conceptos; en particular, del concepto de historia, entendido como un sustantivo colectivo singular (*Kollektivsingular*), que despliega una temporalidad de por sí.

En definitiva, resulta imposible comprender de manera acabada la teoría koselleckiana sin tomar en consideración este proceso histórico-intelectual en que hunde sus raíces conceptuales. Esto que podemos llamar la reversión del *Sattelzeit* es lo que, en última instancia, le permitió objetivarlo, volverlo objeto de análisis histórico-intelectual, y nos brinda el marco para comprender la naturaleza de los lineamientos más generales por los que se despliega su reflexión teórica, así como el tipo de problemáticas de índole epistemológica a las que se verá confrontado. Es la quiebra de las certidumbres teleológicas que sostenían el concepto de historia del que él habla (esto es, como un sustantivo colectivo singular que despliega una temporalidad de por sí) la que permite que aquella problemática que preocupa de un modo central a Koselleck (la naturaleza de la temporalidad histórica) deje de aparecer simplemente como algo dado, un mero supuesto, y se vuelva objeto de interrogación crítica.

"PROBLEMAS HISTÓRICO-CONCEPTUALES
DE LA HISTORIOGRAFÍA CONSTITUCIONAL"

En este texto,² Koselleck polemiza con Otto Brunner, quien fue uno de sus maestros y participó de la elaboración del GG desde su inicio en 1972 hasta su muerte en 1982 (aunque, debido a su avanzada

² Reinhart Koselleck, "Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung", en *Gegenstand und Begriffe der Verfassungsgeschichtsschreibung*, Berlín, Duncker & Humblot, 1983, pp. 8-21.

edad, su participación fue limitada). Se trata de un texto peculiar, ya que, en el debate con su maestro, vuelve sobre una de las premisas de su teoría, que presidió la elaboración del GG, replanteándola de manera crucial.

Antes de llegar a eso, recordemos brevemente la problemática que señalara Brunner. Este autor insistía sobre todo en la imposibilidad de utilizar conceptos contemporáneos para estudiar períodos premodernos. Como analiza en “La ‘casa grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa”,³ para los siglos XII o XIV no se podría hablar de una “economía”, en el sentido moderno del término, como una esfera específica, dado que en el Antiguo Régimen lo social y lo político se encontraban imbricados con lo económico. La distribución de la tierra, por ejemplo, no respondía a las leyes de mercado, sino que se realizaba siguiendo criterios que obedecían a patrones de organización social y política.

Koselleck asocia esta cuestión a la máxima de Friedrich Nietzsche, que se volvería una de sus consignas fundamentales, que afirmaba que “solo lo que no tiene historia puede definirse”. Como vimos anteriormente, para Koselleck, los conceptos, dado su carácter histórico, portan siempre significaciones diversas, que se encuentran depositadas en ellos como una suerte de estratos geológicos, que es lo que una historia conceptual busca reconstruir. Ello, en fin, los vuelve plurívocos, indefinibles, por naturaleza.

En este texto, sin embargo, Koselleck revisa esta premisa. En primer lugar, frente al planteo de Brunner, sostiene la necesidad de la transliteración de los conceptos pasados a nuestro vocabulario presente, es decir, que la tarea del historiador conceptual sería volvernos familiares esos conceptos del pasado que hoy nos resultan extraños. Y eso supone, de manera inevitable, la apelación a los anacronismos conceptuales. Para Koselleck, no tiene sentido pretender estudiar el pasado tomando las herramientas heurísticas del propio objeto, o, dicho de otro modo, apelar de forma exclusiva a

³ Véase Otto Brunner, “La ‘casa grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 14, núm. 2, 2010, pp. 137-150.

aquellas categorías con que los mismos actores podían concebir sus acciones. Esta duplicación conceptual del propio objeto disolvería la distancia analítica que permita tematizarlo como tal.

Esto conduce a Koselleck a tratar de hallar núcleos semánticos más permanentes, que posibiliten establecer un vínculo entre las categorías modernas y premodernas. En definitiva, debe replantearse la cuestión de la radical indefinibilidad de los conceptos. Habría, piensa, ciertos núcleos significativos que atraviesan las diversas épocas, volviendo así a los conceptos premodernos reconocibles en el presente.

En el caso específico del concepto de constitución, que es aquel del que se ocupó Brunner de manera central, la solución que halla Koselleck consiste en trasladar su definición a un plano más abstracto, una definición formal que dé lugar, a su vez, a variedad de contenidos. Así, retoma la propuesta de Brunner para definir las constituciones como las comunidades de acción, en tanto se regulan jurídicamente para poder accionar de forma política. En suma, para él, la historia constitucional tiene por objeto descubrir patrones de acción regular prolongados a lo largo del tiempo, que se encuentren fijados ya sea por la costumbre o por el derecho.

De este modo, el tipo de anacronismo conceptual al que apela Koselleck, más que proyectar conceptos presentes sobre el pasado, opera de manera inversa: recobra la vastedad del concepto constitucional premoderno para ampliar nuestra propia definición de él incorporando a su análisis esa pluralidad de ámbitos por los cuales se desplegaba antiguamente. Insiste así en la necesidad de retomar todas las acepciones premodernas del concepto de constitución para incorporarlas al estudio de la historia constitucional moderna, con lo cual esta se confundiría ya con la historia del derecho sin más.

A partir de esta redefinición, Koselleck extrae algunas de las consecuencias teóricas allí implícitas. Sin embargo, llegado a este punto, su planteo se vuelve algo complejo, lo que revela, en última instancia, problemas teóricos que no terminaría de resolver.

La conclusión más sorprendente a la que llega, en el marco de su teoría, es una suerte de inversión de su planteo anterior. Con-

cluye que, al contrario de lo que afirma en sus textos precedentes, los conceptos no tienen historia: se encuentran fijados al pasado, desaparecen junto con el contexto en el que emergieron. Cuando el contexto cambia, lo que permanece es el término que lo indica, pero el concepto se habría ya modificado, dando lugar al surgimiento de otro concepto distinto.

Esta contradicción en Koselleck sería, en realidad, solo aparente, aunque es cierto que él nunca nos lo aclara. Se observa aquí un cambio inadvertido en el punto de vista. Cuando antes hablaba sobre la historicidad y, por ende, la plurivocidad de los conceptos, se refería al despliegue de ellos en el interior del horizonte abierto por el *Sattelzeit*. Ahora, en cambio, se plantea la problemática acerca de qué ocurre con los conceptos una vez que se atraviesa ese umbral epocal. Dicho de otro modo, ya no cómo cambian los conceptos, sino cómo desaparecen dando lugar a la emergencia de nuevos conceptos, que es, en realidad, la cuestión más fundamental que dejaba sin abordar en su planteo teórico original.

Si no lo planteaba entonces, se debía a que era una cuestión que escapaba al ámbito de la historia conceptual, una respecto de la cual esta ya no tendría nada que decirnos. Los cambios conceptuales, decía, derivan de transformaciones producidas en el ámbito de la historia social. Dicho supuesto, sin embargo, resultaba sumamente problemático en el marco de su teoría.

Por un lado, Koselleck necesitaba apelar a una instancia externa a la historia conceptual para explicar el cambio de los conceptos. Vemos aquí las consecuencias de la quiebra de las concepciones evolucionista-teleológicas de la historia producida a comienzos del siglo xx. En su perspectiva, la historia conceptual carecería de un principio de temporalidad inmanente como en las visiones evolucionistas-teleológicas. La historicidad es algo que le vendría a ella desde afuera; en este caso, de la historia social. Pero, por otro lado, la introducción de este supuesto demolía las premisas mismas sobre las que se fundaba su teoría, puesto que toda ella se sostenía del principio de que los conceptos son no solo índices, sino también factores históricos y que solo pueden ser lo primero

en la medida en que sean lo segundo. Es decir, resultan reveladores de las grandes estructuras históricas en la medida en que son elementos constitutivos de ellas. Esto conlleva, a su vez, un cierto concepto de la historia que no la reduce a un mero suceder de acontecimientos, sino que la concibe como conformando entramados significativos desplegados de forma diacrónica. Solo en la medida en que se vuelven significativos, los hechos se convierten en hechos propiamente históricos y pueden vincularse unos con otros articulando órdenes estructurales.

No existiría, en fin, historia social (ni historia sin más) que no sea siempre ya historia conceptual. El postulado de la existencia de un ámbito de historicidad crudamente empírica, previa a toda configuración significativa (como sería la “historia social” de la que habla), demuele así la premisa sobre la que toda su teoría histórico-conceptual descansa. En el marco de su teoría, su idea de “historia social” representa, en realidad, una contradicción en los términos, aunque aun así le resulta inevitable apelar a ella, ya que solo ella podría explicar el cambio conceptual en la medida en que, en su perspectiva, la historia conceptual carece de un principio de historicidad inmanente, que la contingencia, la temporalidad, es algo que le debe venir a ella necesariamente desde fuera de su ámbito.

Koselleck se enfrenta allí a lo que constituye el núcleo aporético fundamental a partir del cual se despliega toda su teoría. Lo que complica aún más las cosas en este texto es su insistencia, frente al planteo de Brunner, en hallar conexiones transhistóricas, si no ya entre los conceptos, sí entre los términos modernos y premodernos. En el marco de su teoría, esto solo se podría justificar suponiendo la existencia de estructuras históricas que se repitan a lo largo de la historia y que permitan así establecer los vínculos conceptuales entre los diversos períodos históricos. Es decir, el hecho de que términos antiguos, como democracia o república, persistan y se repliquen en tiempos modernos no se trataría de una mera recurrencia terminológica, sino que expresaría el fenómeno de que, como decía respecto del concepto de constitución, hay un cierto núcleo semántico que permanece, que sería indicativo, a su

vez, de la presencia de ciertas estructuras históricas premodernas que se prolongan o reproducen en la Modernidad.

Inadvertidamente, la cuestión teórica ha mutado, se ha trasladado de la problemática del cambio a la de la permanencia. Es por esta vía que, en sus planteos más recientes, Koselleck llega a su *Historik*, que se funda en el supuesto de que las diversas concepciones de la temporalidad hundan sus raíces en determinaciones antropológicas innatas. Estas proveen la base para su proyecto de una metateoría en tanto que un análisis de las condiciones trascendentales de la comprensión histórica, esto es, de las diversas formas posibles de experimentar la temporalidad. En “Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico” afirma que “de lo que se trata es de descubrir las condiciones antropológicas de todas las experiencias posibles”.⁴ Y, de hecho, cree hallar ya presente entre los griegos el espectro completo de visiones históricas posibles.

En efecto, este enfoque antropológico-filosófico le permite definir tres metodologías históricas fundamentales, encarnadas respectivamente en las figuras de Heródoto, Polibio y Tucídides, que se repiten, dice, en los más diversos contextos históricos y conceptuales. Cada una de ellas nace de las diversas formas humanas posibles de relacionarse con las estructuras de la temporalidad, las cuales hundan su raíces en condiciones radicadas en un nivel biológico de la especie y expresan, a su vez, tres modos diferenciales de adquisición (y pérdida) de conocimiento (“Nuestro ensayo —dice— se aferra siempre a las características formales comunes que bien podrían ser el fundamento de todas las experiencias y de sus enriquecimientos, de todos los métodos y de sus desarrollos diferenciales”).⁵

⁴ Reinhart Koselleck, “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze” (1988), en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2000, p. 33 [trad. esp.: “Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico”, en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001].

⁵ *Ibid.*

Por cierto, esto resulta incompatible con lo que constituyó su gran hallazgo historiográfico-conceptual, que fue la naturaleza moderna del concepto de historia, es decir, que no existía tal concepto antes del *Sattelzeit*. Sin embargo, este giro en su teoría hacia una suerte de antropología filosófica revela, en última instancia, hasta qué punto toda ella se inscribía aún dentro de los marcos de las visiones neokantianas que eran dominantes en los años de su formación y frente a las cuales buscó diferenciarse, sin alcanzar a romper por completo, puesto que ellas le proveían todavía el suelo conceptual del que su propia teoría se nutría.

Esta suerte de regreso suyo a un cierta ortodoxia neokantiana, más preocupado por las condiciones trascendentales de posibilidad de las estructuras de la temporalidad que por las transformaciones históricas que experimentan los conceptos, se aparta de manera clara de su proyecto originario y, como vimos, entra en contradicción con su idea del *Sattelzeit*. En el texto que cierra esta antología finalmente habrá de replantearse este concepto, minimizando su alcance y entidad.

“RESPUESTA A LOS COMENTARIOS
SOBRE EL *GESCHICHTLICHE GRUNDBEGRIFFE*”

Este texto⁶ es la respuesta de Koselleck a las críticas que se le realizaron en el curso del evento celebrado en 1992 en la ciudad de Washington con motivo de la finalización del proyecto del *GG*. En él, aborda la cuestión de en qué se distingue su historia conceptual de la vieja tradición de la historia de las ideas de matriz neokantiana. Es entonces que, frente a los cuestionamientos de sus interlocutores, sostiene que la categoría de *Sattelzeit* no se trata de una

⁶ Reinhart Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en Melvin Richter y Hartmut Lehmann (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington, German Historical Institute, 1996, pp. 59-70.

ontológica, sino solo de un recurso metodológico; más precisamente, de una etiqueta a la que apeló en su momento como una estrategia para obtener los fondos para la realización del GG. De este modo, no quedaría claro si esa transformación conceptual crucial que dice que se produjo entre 1750 y 1850, y de la que nace la Modernidad, es algo que en verdad existió o se trata de una mera abstracción conceptual que puede servir, eventualmente, para iluminar ciertos textos, pero que no se puede afirmar que en efecto haya ocurrido. En última instancia, se revela aquí cierta indefinición en su teoría respecto de cuál es el estatuto ontológico de los conceptos y de las categorías con los que abordamos su estudio. Lo que queda así sin resolver es la problemática metateórica fundamental: la naturaleza del vínculo entre el conocimiento histórico y su objeto. En este texto último, sin embargo, sí aporta una definición clave para intentar asir este vínculo.

Antes de llegar a ella, debemos reconstruir de manera breve cómo se estableció entonces el debate. En realidad, se centró en la crítica de uno de los representantes más importantes, junto con Quentin Skinner, de la llamada escuela de Cambridge, John Pocock, quien retoma allí un planteo de Skinner acerca de la imposibilidad de una historia conceptual.⁷ Esta, dice, supone la creación de entidades inexistentes, artificiales. Los conceptos no tienen historicidad ni entidad propia, sino que forman parte integral de entramados discursivos y participan de contextos siempre específicos. Como afirma Ludwig Wittgenstein, un lenguaje o discurso es una entidad viva, supone gramáticas, retóricas, usos; en fin, involucra una pluralidad de dimensiones que no pueden percibirse si nos limitamos a trazar la historia de los conceptos individuales.

Asimismo, para Pocock, lo que hace aún más complejo el estudio de la historia de los lenguajes o los discursos, y lo torna irreductible a la historia conceptual, es la coexistencia de pluralidad de lenguajes en permanente interacción. Y es esta interacción entre

⁷ Véase Quentin Skinner, "La idea de un lexicon cultural", en *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, pp. 269-294.

pluralidad de discursos lo que explicaría, además, los cambios conceptuales, es decir, es la que produce aquellos desfasajes que eventualmente dan lugar a las transformaciones significativas en los conceptos. En suma, como señala Melvin Richter en su introducción a este debate, el interrogante que Pocock le deja planteado a Koselleck, y a la historia conceptual en general, consiste en cómo pasar de un mero inventario de conceptos individuales a la reconstrucción de lenguajes políticos y sociales integrados.

En realidad, según confiesa Pocock, su conocimiento de la obra de Koselleck es muy pobre. Su crítica retoma los mismos argumentos que en su momento la escuela de Cambridge esgrimió contra la escuela de la historia de las ideas fundada por Arthur Lovejoy, sin poder asegurar que resultasen del todo pertinentes en este caso. En su respuesta, Koselleck insiste en la diferencia crucial que existe entre su historia conceptual y la vieja historia de las ideas. En este caso, su interlocutor no es Lovejoy, sino un representante de la tradición neokantiana de *Ideengeschichte*, Friedrich Meinecke. La metodología histórica de Meinecke se fundaba en una serie de oposiciones (como mecanicismo y organicismo, cosmopolitismo y nacionalismo, racionalismo y espiritualismo, etc.) que aparecerían como suertes de antinomias eternas que atraviesan en conjunto la historia del pensamiento. Todo sistema de pensamiento se encuadraría de forma necesaria dentro de esta grilla binaria.

Frente a esta metodología, Koselleck retoma el planteo de la escuela de Cambridge acerca de la necesidad de identificar los contextos particulares de los que participan, en cada caso, los discursos. Sin embargo, al mismo tiempo señala los peligros de un contextualismo radical. En la medida en que todo contexto es singular, único, podría recaerse en una visión que reduciría la historia intelectual a una mera sucesión de acontecimientos particulares. La idea de discurso, en tanto que totalidad integrada de sentido, presupone una cierta permanencia a lo largo del tiempo. Y esto nos devuelve a la pregunta de Richter: ¿cómo pasar del inventario de conceptos individuales a la reconstrucción de lenguajes políticos y sociales integrados?

En este punto, Koselleck regresa a su planteo original acerca de la temporalidad de los conceptos. Como había señalado en los inicios del *GG*, los conceptos tienen esa capacidad de trascender los contextos específicos de experiencia y prolongarse en el tiempo. En la medida en que todo uso nuevo debe apoyarse en usos anteriores, los conceptos conforman entramados semánticos que se despliegan de forma diacrónica. Y es, precisamente, esta capacidad de trascender los horizontes específicos de experiencia la que les permite servir de factores en las conexiones estructurales, esto es, articular entre sí de manera significativa las diversas experiencias históricas.

A este planteo, sin embargo, ahora se le ha adosado una cláusula que no se encontraba en sus escritos iniciales. Los conceptos fundamentales, que son de los que trata el *GG*, son plurívocos porque acumulan experiencias históricas y —aquí aparece la novedad— su uso se vuelve necesario para todo discurso político o social en una época dada. En efecto, como señala en la introducción al séptimo volumen del *GG* (cuya aparición da motivo a este evento), el diccionario se ocupa de los llamados “conceptos políticos y sociales fundamentales”, pero nunca había definido qué entendía por tal cosa. Es entonces que ofrece, por primera vez, una definición de ellos, que comporta una novedad teórica importante.

Los conceptos políticos y sociales fundamentales, dice, son aquellos que todos los actores utilizan en un contexto discursivo dado. Lo que los vuelve tales es el hecho de que trascienden las ideologías particulares haciendo posible su mutua confrontación. De allí el carácter siempre conflictivo de estos conceptos fundamentales: ellos son los que delimitan el campo de batalla para las disputas por la fijación de su sentido:

Insertado en un contexto histórico, puede hablarse de un concepto fundamental en el momento en que todas las capas y las partes en liza dependen de este para organizar sus experiencias distintas, sus intereses específicos, sus programas políticos de partido. Los conceptos fundamentales reclaman su empleo porque incluyen aquellos pequeños puntos en común sin los que no

sería posible experiencia alguna, sin los que no podría discutirse ni lograrse un consenso. Precisamente hay un concepto fundamental cuando tiene que interpretarse desde perspectivas distintas a fin de lograr la comprensión o de fomentar la capacidad de maniobra. Por eso la semántica de nuestra conceptualidad no es ni “subjetiva” ni “objetiva”, ni “idealista” ni “materialista”, sino ambas cosas a la vez en el medio lingüístico.⁸

Encontramos aquí la respuesta a la crítica de Pocock. Los conceptos fundamentales son, según dice, los que conforman los discursos. Así, la historia conceptual y la historia de los discursos o lenguajes se identificarían, representarían dos vías distintas de aproximación a un mismo objeto.

Como dijimos, esta definición es un aporte teórico clave, del cual Koselleck, sin embargo, no alcanza a extraer todas sus consecuencias y que, más que acercarlo al planteo de Pocock, lo aleja de él en un punto esencial. En efecto, tal definición tiene implícita una transformación metodológica, ya que, si ello es así, ya no tendría sentido hablar, como habla Pocock, de un “lenguaje liberal”, un “lenguaje conservador”, un “lenguaje republicano”, etc. Esto supondría confundir una vez más lenguajes con ideologías o sistemas de pensamiento. En definitiva, conllevaría una recaída en los marcos tradicionales de la antigua historia de las ideas. El dejar de hablar de “ideas” y pasar a hablar de “lenguajes” no alteraría el fondo de la cuestión, dado que se seguirían comprendiendo como sistemas de pensamiento.

Según esta nueva definición de Koselleck, los lenguajes atraviesan de manera vertical el espectro ideológico, instalan aquellos contextos dentro de los que los diversos sistemas de pensamiento habrán de desplegarse. La coexistencia de diversidad de discursos

⁸ Reinhart Koselleck, “Vorwort”, en Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2004, vol. VII, p. vii [traducción al español de Luis Fernández Torres].

interactuantes que señala Pocock presupone, de hecho, un determinado terreno dentro del cual inscribirse y que permita, justamente, su interacción. Los “conceptos fundamentales” serían, pues, los que demarcarían ese terreno, el suelo particular dentro del cual se instalará esa pluralidad de discursos que define el campo de discursividad de una época o contexto dado. Ellos establecen los modos de interacción entre esa pluralidad de ideologías o discursos. Podría decirse que los conceptos fundamentales de los que habla Koselleck no se colocan “al frente” de los discursos, sino a sus espaldas. A diferencia de las “ideas”, no son partes o desarrollos subsecuentes de ciertas matrices discursivas a las que, por ende, presuponen. Ellos constituyen las condiciones de posibilidad de los discursos.

Esto conlleva, a su vez, un replanteo de la cuestión de la temporalidad de los conceptos. Está claro que el origen y la transformación de estos conceptos fundamentales no pueden atribuirse a la acción de ciertos sujetos. El concepto de historia, para retomar el ejemplo estándar de Koselleck, aunque pudiese encontrarse en las fuentes un primer uso de él por parte de un cierto autor, no puede considerarse como una creación subjetiva, algo que se le haya ocurrido a alguien en particular y que luego se difundió en la sociedad. Supuso un cambio al nivel de la experiencia histórica, lo que indica una transformación objetiva de lo que Edmund Husserl llama “mundo de la vida” (*Lebenswelt*).

En definitiva, el de historia es un concepto, no tiene entidad material, pero no es meramente tal: desde entonces (desde el *Sattelzeit*), no solo *pensamos* en términos históricos, sino que incluso *vivimos* en un mundo histórico. Esto, como decíamos, señala una transformación teórica clave, porque supone una ruptura con las filosofías de la conciencia o del sujeto, en las que aún el método de Koselleck se encontraba atrapado; esto es, las filosofías que comprenden la dimensión simbólica como mero atributo subjetivo.

Los “conceptos fundamentales” de los que hablaría aquí Koselleck no serían ya realidades que circulan en la mente de los sujetos, meras representaciones de la realidad, sino entidades ob-

jetivas, que se encuentran imbricadas en los propios sistemas de prácticas políticas y sociales, anteriores, por ende, a toda comprensión o representación textual de ellas. De allí su afirmación de que “la semántica de nuestra conceptualidad no es ni ‘subjetiva’ ni ‘objetiva’, ni ‘idealista’ ni ‘materialista’, sino ambas cosas a la vez en el medio lingüístico”. Y ello abriría finalmente las puertas para la reformulación de su proyecto teórico de una historia conceptual alejada de los marcos de pensamiento neokantiano dentro de los cuales se inscribía hasta aquí.

La consecuencia crucial que se desprende de allí, desde el punto de vista de su postulado metahistórico acerca de la relación entre el conocimiento histórico y su objeto, es que los conceptos fundamentales de los que se ocupa la *Begriffsgeschichte* no serían meras categorías conceptuales, sino realidades históricas efectivas. Ello nos coloca ante un ámbito de realidad a la vez de orden simbólico y objetivo, lo que quiebra la antinomia de base sobre la que se funda toda la tradición de la historia de las ideas entre “ideas” y “realidades”, esto es, el supuesto de que lo simbólico es algo que circula de manera exclusiva en la mente de los sujetos y que se opone a una realidad crudamente empírica, que no se encuentra siempre ya atravesada por tramas conceptuales. Con esta definición, Koselleck, en última instancia, no hace sino plasmar finalmente el supuesto más fundamental sobre el que se sostiene todo su proyecto histórico-conceptual, aun cuando no logrará ya desarrollar todas las consecuencias de índole epistemológica que se desprenden de allí, en la medida en que todavía entonces no estará dispuesto a superar esa dicotomía entre “historia conceptual” e “historia social” que es, para él, la que en última instancia aporta la base para explicar el cambio conceptual, pero que, sin embargo, su mismo planteo vuelve ya insostenible.

En suma, los textos que se ofrecen aquí ejemplifican ambos planos simultáneos por los que se despliega la historia conceptual alemana, en su vertiente koselleckiana, la investigación histórica y la reflexión teórica, en su intento de conjugar e integrarlos. Ella nos deja aportes clave que permiten clarificar las transformaciones

que experimentaron históricamente los conceptos y así evitar los anacronismos conceptuales. En este terreno, el de la investigación histórica, la obra que produjo o impulsó Koselleck es, por cierto, monumental, y su impronta tiñe a toda la profesión histórica, haciéndose sentir incluso más allá de ella, en las distintas áreas de las disciplinas humanísticas. Resulta hoy imposible, de hecho, intentar abordar el estudio del universo de las significaciones sociales sin referirse a ella.

Su reflexión teórica, en cambio, resulta más dispersa y también algo errática. Oscila en torno a ciertos núcleos problemáticos, diseñando una trayectoria en busca de respuestas que nunca terminarán de cristalizar del todo en un sistema coherente. Sin embargo, si bien no puede decirse que haya dejado una teoría histórico-conceptual sistemática, la serie de interrogantes que deja planteados sí representa un aporte importante y marca un punto de partida para toda reflexión subsecuente en el campo de la historia intelectual.

El concepto de Estado y otros ensayos,
de Reinhart Koselleck, se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2021 en los Talleres Gráficos Elías Porter,
Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La diagramación estuvo a cargo de Silvana Ferraro
y la corrección fue realizada por Federico Juega Sicardi.
La edición, al cuidado de Yanina Gómez Cernadas y Mariana Rey,
consta de 1.500 ejemplares.



Reinhart Koselleck provocó una profunda renovación en el estudio de la historia a partir de un cambio crucial en el abordaje de los conceptos sociopolíticos de la Modernidad, de sus usos y significados, en radical oposición a la tradicional historia de las ideas, concebidas como entidades constantes y permanentes. Su proyecto teórico cristalizó en el monumental diccionario *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*, editado junto con Otto Brunner y Werner Conze, del cual se presenta la voz “Estado” en este volumen. El propósito de esa obra era tanto prevenir los anacronismos usuales en la tradición neokantiana de la historia de las ideas como iluminar las transformaciones conceptuales ocurridas entre 1750 y 1850, claves para comprender el origen y el sentido de la Modernidad. Dichas transformaciones en el campo del lenguaje no solo son expresivas de cambios operados en terrenos más vastos, sino que son, incluso, determinantes de aquellos.

Los textos de Koselleck aquí reunidos revelan de qué modo la investigación histórica y el análisis teórico se enriquecen mutuamente y dan lugar a perspectivas innovadoras que echan luz sobre aspectos clave de los procesos históricos. Tal como sostienen Claudio S. Ingerflom y Elías J. Palti en su prólogo, para Koselleck: “Los conceptos son índices y factores a la vez de las conexiones estructurales en la historia. Así, la historia conceptual y la historia social, el análisis del lenguaje y de las realidades extralingüísticas, lejos de ser extrañas o incluso mutuamente contradictorias, se reenvían permanentemente una a la otra e iluminan de manera recíproca”.

